



La Santa Sede

III JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Fiesta de la Presentación del Señor

Martes 2 de febrero de 1999

1. «Luz para alumbrar a las naciones» (Lc 2, 32).

El pasaje evangélico que acabamos de escuchar, tomado del relato de san Lucas, nos recuerda el acontecimiento que tuvo lugar en Jerusalén el día cuadragésimo después del nacimiento de Jesús: su presentación en el templo. Se trata de uno de los casos en que el tiempo litúrgico refleja el histórico, pues hoy se cumplen cuarenta días desde el 25 de diciembre, solemnidad de la Navidad del Señor.

Este hecho tiene su significado. Indica que la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo constituye una especie de bisagra, que separa y a la vez une la etapa inicial de su vida en la tierra, su nacimiento, de la que será su coronación: su muerte y resurrección. Hoy concluimos definitivamente el tiempo navideño y nos acercamos al tiempo de Cuaresma, que comenzará dentro de quince días con el miércoles de Ceniza.

Las palabras proféticas que pronunció el anciano Simeón ponen de relieve la misión del Niño que los padres llevan al templo: «Éste niño está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2, 34-35). Simeón dice a María: «A ti una espada te atravesará el alma» (Lc 2, 35). Acaban de apagarse los cantos de Belén y ya se perfila la cruz del Gólgota, y esto acontece en el templo, el lugar donde se ofrecen los sacrificios. El evento que hoy conmemoramos constituye, por consiguiente, casi un puente entre los dos tiempos fuertes del año de la Iglesia.

2 La segunda lectura, tomada de la carta a los Hebreos, ofrece un comentario interesante a este

acontecimiento. El autor hace una observación que nos invita a reflexionar: comentando el sacerdocio de Cristo, destaca que el Hijo de Dios «se ocupa (...) de la descendencia de Abraham» (*Hb 2, 16*). Abraham es el padre de los creyentes. Por tanto, todos los creyentes, de algún modo, están incluidos en esa «descendencia de Abraham» por la que el Niño, que está en los brazos de María, es presentado en el templo. El acontecimiento que se realiza ante los ojos de esos pocos testigos privilegiados constituye un primer anuncio del sacrificio de la cruz.

El texto bíblico afirma que el Hijo de Dios, solidario con los hombres, comparte su condición de debilidad y fragilidad hasta el extremo, es decir, hasta la muerte, con la finalidad de llevar a cabo una liberación radical de la humanidad, derrotando de una vez para siempre al adversario, al diablo, que precisamente en la muerte tiene su punto de fuerza sobre los seres humanos y sobre toda criatura (cf. *Hb 2, 14-15*).

Con esta admirable síntesis, el autor inspirado expresa toda la verdad sobre la redención del mundo. Pone de relieve la importancia del sacrificio sacerdotal de Cristo, el cual «tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y sumo sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo» (*Hb 2, 17*).

Precisamente porque pone de manifiesto el vínculo profundo que une el misterio de la Encarnación con el de la Redención, la carta a los Hebreos constituye un comentario adecuado al evento litúrgico que hoy celebramos. Pone de relieve la misión redentora de Cristo, en la que participa todo el pueblo de la nueva alianza.

En esta misión participáis de modo particular vosotros, amadísimas personas consagradas, que llenáis la basílica vaticana y a quienes saludo con gran afecto. Esta fiesta de la Presentación es, de manera especial, vuestra fiesta, pues celebramos la III Jornada de la vida consagrada.

3. Doy las gracias al señor cardenal Eduardo Martínez Somalo, prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, que preside esta eucaristía. En su persona saludo y expreso mi gratitud a los que, en Roma y en el mundo, trabajan al servicio de la vida consagrada.

En este momento mi pensamiento va, con especial afecto, a todos los consagrados en todas las partes de la tierra: se trata de hombres y mujeres que han elegido seguir de modo radical a Cristo en la pobreza, en la virginidad y en la obediencia. Pienso en los hospitales, en las escuelas, en los oratorios, donde trabajan en actitud de completa entrega al servicio de sus hermanos por el reino de Dios; pienso en los miles de monasterios, donde se vive la comunión con Dios en un intenso ritmo de oración y trabajo; y pienso en los laicos consagrados, testigos discretos en el mundo, y en los muchos que trabajan en la vanguardia con los más pobres y los marginados.

¡Cómo no recordar aquí a los religiosos y religiosas que, también recientemente, han derramado

su sangre mientras realizaban un servicio apostólico a menudo difícil y fatigoso! Fieles a su misión espiritual y caritativa, han unido el sacrificio de su vida al de Cristo por la salvación de la humanidad. A toda persona consagrada, pero especialmente a ellos, está dedicada hoy la oración de la Iglesia, que da gracias por el don de esta vocación y ardientemente lo invoca, pues las personas consagradas contribuyen de forma decisiva a la obra de la evangelización, confiriéndole la fuerza profética que procede del radicalismo de su opción evangélica.

4. La Iglesia vive del evento y del misterio. En este día vive del evento de la Presentación del Señor en el templo, tratando de profundizar en el misterio que encierra. En cierto sentido, sin embargo, la Iglesia ahonda en este acontecimiento de la vida de Cristo cada día, meditando en su sentido espiritual. En efecto, cada tarde, en las iglesias y en los monasterios, en las capillas y en las casas, resuenan en todo el mundo las palabras del anciano Simeón que acabamos de proclamar:

«Ahora Señor, según tu promesa
puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Porque mis ojos han visto
a tu Salvador,
a quien has presentado
ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo, Israel»
(Lc 2, 29-32).

Así oró Simeón, a quien le fue concedido llegar a ver el cumplimiento de las promesas de la antigua alianza. Así ora la Iglesia, que, sin escatimar energías, se prodiga para llevar a todos los pueblos el don de la nueva alianza.

En el misterioso encuentro entre Simeón y María se unen el Antiguo Testamento y el Nuevo. Juntamente el anciano profeta y la joven Madre dan gracias por esta Luz, que ha impedido que las tinieblas prevalecieran. Es la luz que brilla en el corazón de la existencia humana: Cristo, el Salvador y Redentor del mundo, «luz para alumbrar a las naciones y gloria de su pueblo, Israel».

Amén.